

XI Jornadas de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 2015.

El lugar de las ciencias sociales en la política y la producción científica en Argentina. Un abordaje teórico-crítico retomando el debate entre ciencias duras y ciencias blandas.

Mauro Alonso.

Cita:

Mauro Alonso (Julio, 2015). *El lugar de las ciencias sociales en la política y la producción científica en Argentina. Un abordaje teórico-crítico retomando el debate entre ciencias duras y ciencias blandas. XI Jornadas de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/mauro.alonso/11>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pg8k/rvg>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

**El lugar de las ciencias sociales en la política y la producción científica en Argentina.
Un abordaje teórico-crítico retomando el debate entre “ciencias duras” y “ciencias blandas”**

Alonso, Mauro Ricardo

Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Buenos Aires

mauroralonso@gmail.com

Resumen – Abstract

El objetivo del presente trabajo es retomar el debate epistemológico-metodológico entre las ciencias exactas y las ciencias sociales, poniendo especial énfasis en relación al lugar que estas últimas ocupan en el campo científico argentino desde la perspectiva presentada por Bourdieu, tomando como punto disparador las declaraciones del actual Ministro de Ciencia y Tecnología de la Nación Lino Barañao¹ para comprenderlo como una arena de lucha con intereses específicos de sus actores. ¿Se ha superado debate acerca de la validez del conocimiento científico producido por las ciencias sociales?. Más aún, tras décadas de producción científica del campo CTS: ¿Se puede aún sostener que las ciencias exactas son “más exactas” o “más útiles” que la ciencias sociales?

A modo de interrogante, en última instancia, el trabajo busca de forma somera realizar algunas puntualizaciones que puedan aportar disparadores para pensar nuevamente acerca del uso del conocimiento científico que producido en ciencias sociales y de su correlación con políticas científicas llevadas adelante en la argentina actual haciendo mención a los Proyectos de Desarrollo Tecnológico y Social (PDTs) como una nueva herramienta de política científica.

Palabras Clave: ciencias sociales, ciencias exactas, política científica, uso del conocimiento, campo científico.

¹ Nota publicada en Pagina 12. <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-97152-2008-01-07.html>

Introducción

Los intentos de relegar las ciencias sociales a la “metafísica” en experiencias como las del Círculo de Viena, en la década del ‘20 del siglo pasado (movimiento propulsor del positivismo lógico, el cual sostuvo, entre otras, la tesis de que para que el conocimiento pueda ser considerado empírico debe ser verificable) se basan en que el conocimiento proveniente de las ciencias sociales (del estudio de los fenómenos sociales y su método) carecía de contrastación empírica.

En última instancia, experiencias como estas, intentaron definir que era ciencia y que no lo era, es decir, que es conocimiento científico y que no lo es.

Abordajes como los de fines del siglo XIX y comienzos del XX, en el que surgieron conceptos destinados a distinguir entre “ciencias de la naturaleza” y “ciencias del espíritu” donde cada una tendría su método, sus requisitos de generalización y verificación.

Aportes posteriores como el positivismo crítico de Popper, el giro histórico/ historicista de Feyerabend y Kuhn, el estructuralismo de la década del ‘60 y los aportes del revisionismo marxista de la escuela de Frankfurt parecieron de alguna forma clausurar el debate, al menos en apariencia.

Estas grandes discusiones sobre lo que debe entenderse por conocimiento científico (entiéndase por conocimiento científicamente válido) tienen larga data y no es objetivo del presente trabajo detenerse en particular en cada una de las corrientes de pensamiento que reflexionaron sobre el tema, sino hacer algunas puntualizaciones someras acerca de los ejes de las tensiones al interior del debate para luego introducir los aportes teóricos de Bourdieu que conciben a la “ciencia” bajo la lógica de campo.

Pensando la ciencia bajo la concepción del sociólogo francés, se tomarán las declaraciones del Ministro de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva con el objetivo de debatir el lugar que las ciencias sociales tienen en el campo científico en Argentina e introducir aportes de diferentes autores en relación al uso, la utilidad y el impacto del conocimiento científico producido en ciencias sociales con el objetivo de tensionar la relación entre las ciencias exactas y las ciencias sociales o humanísticas en lo que respecta su producción científica.

Algunas notas sobre el debate entre ciencias “duras” y ciencias “blandas”

La “ciencia” tiene como objetivo producir conocimiento científico válido. El ascenso y la consolidación de la física matemática a la categoría de ciencia aparece relacionado a una

transformación en la manera de mirar y de interrogar la naturaleza, desde ese punto, situado entre los siglos XVI y XVII (Glavich, 1996), los objetos estudiados son observados únicamente en sus variables cuantitativas, suprimiéndose los aspectos cualitativos. Esta nueva ciencia “produce” una transformación del interés cognitivo, del objeto y del método respecto de la filosofía natural vigente desde Aristóteles (Glavich, 1996) y consolida un modelo de ciencia que, aunque debatido, sigue en parte vigente hasta nuestros días.

Este modelo de hacer ciencia tan “exitoso” para las ciencias naturales fue importado a las ciencias sociales durante su consolidación en el siglo XIX: era necesario para producir conocimiento científico ser capaces de neutralizar los posibles intereses políticos y éticos del investigador para acceder a la objetividad, retomando y consolidando así un objetivo establecido por las ciencias naturales.

Queda demarcada la problemática: el conocimiento científico válido solo es posible mediante el abordaje epistemológico-metodológico proveniente de las ciencias naturales.

¿Pueden las ciencias sociales eliminar el punto de vista ideológico, los supuestos sociopolíticos y los juicios de valor? ¿El “exitoso” modelo de las ciencias naturales puede trasladarse al campo de las ciencias humanas?, en definitiva ¿cuáles son las condiciones de posibilidad de un conocimiento objetivo -si es que puede haberlo- en las ciencias sociales? Glavich (1996) define dos corrientes partiendo desde los supuestos epistemológico-metodológicos: las que denomina como teorías armonicistas (representadas principalmente por el positivismo lógico) y las teorías del conflicto (representadas por el enfoque marxista). La concepción positivista extiende el modelo científico-natural de objetividad identificando las leyes naturales y las leyes sociales según la idea de la unidad metodológica de las ciencias: el proyecto de la ciencia unificada (Glavich, 1996), este conjunto de ideas, fundamentalmente el postulado de una ciencia social axiológicamente neutral, tuvo una marcada influencia en los científicos sociales del siglo XIX y del siglo XX (Glavich, 1996).

El enfoque marxista, por su parte, afirma que la objetividad de las ciencias sociales no puede constituirse según el recorte del modelo científico-natural positivista, ya que los fenómenos sociales que son su objeto de estudio no pueden escindirse de la acción o intervención de los hombres. El conocimiento científico de la realidad social está necesariamente condicionado por una concepción de la sociedad que cumple una función rectora en el proceso de la producción científica. La relación dialéctica ‘objetividad-punto de vista de clase’ en las ciencias sociales no se resuelve anulando la influencia de los intereses y las pasiones, como hace el positivismo (Glavich, 1996).

El debate respecto del método único, del científico con guardapolvo blanco, neutral, no cruzado por las indeterminaciones de la vida social, sin subjetividad evidenciado por los ideales del “ethos” científico mertoniano ordenados en las máximas CUDEOS, en suma: sin ideología para aproximarse al objeto (quedando el objeto construido a priori y debidamente separado del sujeto-científico) quedo, se pensaba, trunca, o al menos, relegada.

El aporte del historiador francés Dominique Pestre a este debate se enfoca con particular atención a las relaciones entre la ciencia, la política y la economía. En su trabajo “Ciencia, Dinero y Política” condensa la mayor parte de su argumentación en este sentido, realizando una dura crítica por lo a-histórico de las conceptualizaciones acerca de los contextos o modos de producción científicos de Nowonty y Gibbons², pero especialmente sosteniendo que la ciencia y la producción científica han tenido una relación más que estrecha e imbricada con el poder.

Oscar Varsavsky prestó atención a una ciencia no ajena a la historicidad del conocimiento y a sus movimientos inesperados, considerados “inconmensurables” y definió la necesidad de politizar la ciencia como la intersección entre conocimiento, sociedad y soberanía para un modelo nacional.

Aún hoy esa discusión está vigente, podría argumentarse incluso que no se ha avanzado. La ciencia sigue siendo científicista, atemporal y atada al positivismo. La idea de neutralidad no ha variado y es usada para legitimar la subordinación a los intereses del mercado, retomando a Varsavsky: “la clásica respuesta es que esos no son problemas científicos: la ciencia da instrumentos neutros, y son las fuerzas políticas quienes deben usarlos justicieramente. Si no lo hacen, no es culpa de la ciencia. La ciencia actual no crea toda clase de instrumentos, sino sólo aquellos que el sistema le estimula a crear” (Varsavsky, 1969).

Estos debates epistemológico-metodológicos (retomados de forma somera y de ninguna forma acabada), se traducen a mi entender en fórmulas que se justifican hoy, apenas por la necesidad de distribuir o designar áreas institucionales, subsidios, recursos y determinar políticas públicas, dicho de otra forma, tiene más que ver con el funcionamiento de las ciencias (entendido como la interacción de los actores en su funcionamiento: estado, universidad, empresa, científicos, etc.) que con una verdadera escisión epistemológica-metodológica.

El lugar ocupado por las ciencias sociales en el plano institucional no puede reducirse únicamente al debate epistemológico o metodológico, sino, a la misma relación de cada uno de los actores que componen el campo científico en el tejido social.

² NOWOTNY, Helga, SCOTT, Peter; GIBBONS, Michael. Re-thinking science. Knowledge and the public in an age of uncertainty, Londres, Polity Press, 2001

Los aportes de Bourdieu acerca del campo científico

Pensar disposicional y relacionalmente, en términos de habitus y de campo, es, en líneas generales, la manera que encuentra Bourdieu de superar definitivamente aquella división artificial entre el estructuralismo y el subjetivismo, entre el "fiscalismo y el psicologismo". División artificial, es decir construida por los doctos, en tanto que no existe en el espacio real semejante división en términos de todo o nada entre, por ejemplo, los hechos sociales y las representaciones.

El autor entiende a la ciencia como un campo de producción simbólica (como lo son el campo intelectual y artístico, el campo religioso, el campo de la alta costura). Como cualquier campo, el campo científico es, a los ojos de Bourdieu, un espacio socialmente construido de relaciones de fuerza en el cual intervienen agentes sociales dotados de recursos (capital) diferentes y de esquemas de pensamiento, apreciación y acción que, si bien necesariamente comparten ciertos principios de visión y división en común y tienen un sentido práctico incorporado del juego de la ciencia, difieren en trayectoria (habitus primario) y en las posiciones objetivas que ocupan en el campo. Toda práctica científica es el producto de la relación entre la historia objetivada en el campo en forma de instituciones y la historia incorporada en el cuerpo en forma de disposiciones.

Al caracterizar a la ciencia como campo, Bourdieu enfrenta a dos cosmovisiones acerca de la actividad científica. Por un lado, están quienes consideran que la ciencia progresa a través de un progreso lineal, acumulativo y pacífico y por otro, se encuentran quienes conciben a la ciencia como un espacio donde domina la imparcialidad y la neutralidad.

Bourdieu define al campo científico como: “sistema de relaciones objetivas entre posiciones adquiridas, es el lugar de una lucha competitiva que tiene por desafío específico el monopolio de la autoridad científica, inseparablemente definida como capacidad técnica y como poder social” (Bourdieu, 1976)

El problema radica en que en el campo científico también funciona la ley del interés, siguiendo a Bourdieu: “no es jamás (...) más que un sistema de intereses específicos – artísticos y religiosos tanto como científicos – que implican la indiferencia – relativa – respecto de los objetos ordinarios del interés – dinero, honor, etc.” (Bourdieu, 1976)

Un error común en sociología de la ciencia radica en la disociación entre el poder simbólico y la capacidad técnica en la consideración de la autoridad científica. La ciencia es, por tanto, cualquier cosa menos un espacio de neutralidad y discusión pacífica. La separación entre “lo científico” y “lo social” forma parte de la mala conciencia del mundo académico.

La noción de campo restituye la unidad original entre lo científico y lo social, pues: “es el campo científico que, como lugar de una lucha política por la dominación científica, asigna a cada investigador, en función de la posición que ocupa, sus problemas, indisolublemente políticos y científicos, y sus métodos, estrategias científicas que son (...) estrategias políticas. No hay “elección” científica (...) que no sea, por uno de sus aspectos, el menos confesado y el menos confesable, una estrategia política de ubicación al menos objetivamente orientada hacia la maximización del beneficio propiamente científico” (Bourdieu, 1976).

En el campo científico, la lucha se da en torno a la autoridad científica, ahora bien, cuanto mayor es la autonomía del campo científico (mayor complejidad de las teorías, por ejemplo) la lucha por la autoridad científica asume rasgos específicos. Dada la autonomía del campo y el hecho de que la autoridad supone un acto de reconocimiento, un científico particular sólo puede esperar el reconocimiento del valor de sus descubrimientos de los otros productores. Esto conlleva que el campo científico sea un lugar en que los productos (los descubrimientos) son aceptados a partir de una discusión y examen. La tan mentada imparcialidad de la ciencia no es otra cosa que la expresión específica que asumen las luchas en el campo científico:

A partir de este momento, entonces: “A medida que el método científico se inscribe en los mecanismos sociales que regulan el funcionamiento del cambio y se encuentra, de este modo, dotado de la objetividad superior de una ley social inmanente, aquél puede realmente objetivarse en instrumentos capaces de controlar, y a veces dominar, a quienes los utilizan y en la disposiciones constituidas de un modo duradero que produce la institución escolar” (Bourdieu, 1976)

La visión del campo científico propuesta por Bourdieu se opone al esquema positivista de un progreso lineal y continuo del conocimiento científico. La lucha política y la ideología son componentes inseparables del campo científico, el contexto y la producción científica.

Entendiendo y definiendo la ciencia como un espacio de lucha, como un campo con tensiones, este trabajo intenta evidenciar esta tensión en relación al rol que las ciencias sociales ocupan (pretenden ocupar o deben ocupar) en el contexto del complejo científico argentino actual retomando el debate mediante conceptualización realizada por el Ministro de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva Lino Barañao acerca de lo que él entiende como “ciencias blandas” (en referencia a sus carencias metodológicas) en una entrevista brindada a “Página 12” el siete de Enero de 2008.

El Debate entre “duras” y “blandas” en la política científica actual

El nuevo escenario de las últimas dos décadas con la globalización y el avance del neoliberalismo dieron al debate acerca de la producción y el desarrollo científico nuevos

elementos a tener en cuenta. El desarrollo de las corporaciones y la supeditación a las lógicas de mercado transnacionales han convertido definitivamente en mercancía al conocimiento y es por esto que el rol de instituciones estatales como el MinCyT es clave para el desarrollo de la producción científica en Argentina y por esto es necesario dar un debate acerca del rol del organismo como actor en el campo científico, objetivo demasiado ambicioso para el presente trabajo, más allá de la presentación propuesta.

Para el abordaje se analizarán las declaraciones del actual Ministro ya mencionadas, junto con las respuestas de algunos de los intelectuales del campo de las ciencias sociales intentando ilustrar el debate hacia “adentro” del campo científico, mostrando sus tensiones, las diferentes percepciones e intereses específicos sin olvidar el contexto socio-político que enmarca la producción científica.

En este sentido, la teoría de las prácticas de Bourdieu brinda los elementos necesarios para pensar el “oficio” de cientista, las condiciones de existencia y posibilidad del campo, el accionar del mismo y su relación con el espacio social global.

Al ser interrogado acerca del rol de las ciencias humanas dentro del nuevo espacio inaugurado por el Ministerio, el Ministro afirma:

“Insisto en que este cambio que queremos dar exige la participación activa de áreas humanísticas, desde la filosofía tradicional hasta la lingüística o la antropología. Pero a mí me gustaría ver un cierto cambio metodológico; estoy tan acostumbrado a la verificación empírica de lo que digo, que a veces los trabajos en ciencias sociales me parecen teología”. Y continúa: “Creo que no hay un motivo por el cual las áreas humanísticas deban prescindir de la metodología que usan otras áreas de las ciencias”.³

Es la caracterización del ministro acerca de las ciencias sociales (su método y por tanto la validez de su producción) producto de un debate latente originado hace más de un siglo lo que delimita intereses antagónicos hacia adentro del campo y que deja negro sobre blanco como aquella tensión se ve y se ejerce mediante políticas públicas asignación de recursos y promoción espacios. Las ciencias sociales, siguiendo al Ministro, no deben prescindir de la metodología que caracteriza a las ciencias exactas.

Este debate, que de alguna forma se presentaba como clausurado en apariencia o al menos latente, quedó académica y políticamente abierto nuevamente cuando el nuevo ministerio pondera la noción tradicional heredada de la ciencia lógico-positiva y al retomarlo políticamente anula las propuestas superadoras en relación a la ciencia que han inundado

³ <http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-97152-2008-01-07.html>

capítulos de producción académica y que dio origen a los estudios sociales de la ciencia y la tecnología. Claro está que decisiones y planificación en el ámbito de las políticas públicas en relación a la ciencia y tecnología son necesarias, ha sido ampliamente celebrada la creación del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación productiva, sin embargo, el campo científico en su conjunto, en donde se cruzan las nuevas tecnologías, la microbiología, la neurociencia y el desarrollo de software, entre otras disciplinas y el conjunto de las denominadas ciencias de la naturaleza debe tratarse con el mismo interés la cuestión acerca de las ciencias humanas y sociales.

Argentina se propone recuperar terreno (en algunos casos incluso crearlo) en todas estas materias e ingresar en el campo de las nuevas tecnologías y disciplinas, sin embargo, esto no debe ser a costa de perder el equilibrio entre las ciencias entonces naturales y las ciencias sociales.

Sin embargo, y contrastación metodológica necesaria mediante, al reflexionar y observar acerca del lugar de las ciencias sociales en la política y la producción científica constatamos que aún están desjerarquizadas respecto a las “duras” y esto queda en evidencia en las mismas palabras del Ministro, unas son el motor del desarrollo económico y las otras son las necesarias, las que deben acompañar el desarrollo, sin embargo, deberían transformarse, adaptarse, a la lógica positiva de las ciencias exactas.

Quedan claros, en términos de Bourdieu, cuales son las posiciones dominantes dentro del campo y como ejercen su dominación sobre las dominadas: “Así, la definición de la cuestión de la lucha científica forma parte de las posiciones en la lucha científica, y los dominantes son aquellos que consiguen imponer la definición de la ciencia según la cual su realización más acabada consiste en tener, ser y hacer lo que ellos tienen, son o hacen” (Bourdieu, 1976)

El primer paso, definiendo su concepción de “ciencia normal” en términos khunianos, queda más claro y junto esto, se delimitan los campos de acción, las estrategias y las prácticas válidas para el campo científico. En tanto "sistema de disposiciones duraderas y transferibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes" (Bourdieu, 1976) el habitus gobierna las prácticas; permite generar prácticas en "total" libertad, pero en una libertad absolutamente controlada, determinada por las disposiciones adquiridas, por los condicionantes incorporados, por la historia hecha cuerpo.

Este habitus específico, junto con la definición (o redefinición) del “hacer ciencia” de la ciencia misma, para el campo queda negro sobre blanco en la cita del Ministro Lino Barañao al sugerir que las ciencias sociales deben atravesar una transformación en materia de contrastación metodológica.

¿Es realmente cierto que las ciencias sociales no tienen método? O dicho de otra forma: ¿la metodología que se emplea en la producción de conocimiento en ciencias sociales es insuficiente?

A mi entender, la ciencias sociales poseen los mismos o incluso más (dado su posición en el campo científico argentino) mecanismos de contrastación y validación del conocimiento científico que producen. El camino hacia la aprobación del conocimiento científico en ciencias sociales suele encontrar mayores resistencias que el de las ciencias naturales. Silvia Guemureman (Investigadora del Instituto Gino Germani, coordinadora del Piumas UBA), hace referencia a esta crítica en relación al desequilibrio de criterios en cuanto a la facultad de rectificación (es decir a la importancia del método y de la validez del conocimiento en el proceso de producción): “Que las ciencias duras y sobre todo las biomédicas hayan trabajado por siglos con hipótesis equivocadas, y promovido con valor axiomático certezas que luego cayeron en el desván del desprestigio, no es sino indicador de progreso y avance científico. Esta facultad de rectificación les está vedada a las ciencias sociales: cuando volvemos atrás con una argumentación, eso no constituye “sino la mejor demostración de que antes no habíamos sido lo suficientemente rigurosos” y “esto habla a las claras de la poca seriedad del conocimiento producido por metodologías no-científicas”, los nuevos descubrimientos en forma tautológica confirman que los viejos no eran verdaderos, y por ende, ¿por qué darles crédito a los nuevos?”⁴ (Guemureman, 2011).

En el plano de tensión político, la toma de decisiones y la demarcación de agendas, la estrategia del campo, llevada adelante por las posiciones dominantes del mismo, me parece pertinente retomar la carta presentada al Dr. Fernando Goldbaum, Presidente ANPCyT – Mincyt el 8 de Mayo del 2014 declarando la preocupación de un amplio conjunto de científicos sociales en relación al: “lugar que las Ciencias Sociales y las Humanidades ocupan en la nueva Comisión Científica que lo asesorará en materia de sistema de evaluación de las presentaciones realizadas a la Agencia de Promoción Científica y Tecnológica del Mincyt. Dicha Comisión está formada por 16 miembros de los cuales 14 se especializan en Ciencias Naturales, Ciencias Médicas e Ingeniería y sólo 2 provienen de las Ciencias Sociales y las Humanidades”⁵

El valor simbólico del escrito ilustra lo que en última instancia me interesa destacar y dejar abierto como debate a futuro. El desequilibrio en el campo científico delimitado por las

⁴ <http://www.pagina12.com.ar/diario/universidad/10-166779-2011-04-24.html>

⁵ <http://letras.filo.uba.ar/sites/letras.filo.uba.ar/files/documentos/Sobre%20Comisi%C3%B3n%20Asesora%20ANPCyT.pdf>

políticas públicas impulsadas y tuteladas por el MinCyT no ligado únicamente a indicadores cuantificables sino observando las tensiones al interior del campo por la autoridad científica. La ciencia, las ciencias son un espacio de debate, de lucha. En el caso argentino, este espacio está dominado por las posiciones del campo con mayor capital científico proveniente de las ciencias “duras” y una vez más son estas las que imponen sus condiciones para el complejo científico en su conjunto.

En parte, esta posición dominante, a mi entender puede justificarse por la mayor capacidad que tienen las ciencias exactas (en parte) de producir conocimiento científico capaz de ser mercantizable.

En este contexto y con la creciente mercantilización del conocimiento, el conocimiento producido por las ciencias exactas es más plausible de ser convertido en mercancía, lo que le otorga un lugar preferencial en el campo científico al ser el conocimiento producido en ellas más plausible de ser “útil”, especialmente en términos mercantiles.

En este punto me parece pertinente emplear las concepciones de Vaccarezza (2004) acerca de las nociones de uso y utilidad del conocimiento científico para las ciencias sociales con el fin de ponerlos tensión con el de las ciencias exactas: “los conocimientos producidos por la investigación en ciencias sociales no impactan en la generación de transformaciones sociales, ya sea porque son irrelevantes para tales transformaciones, ya sea porque son desconocidos por los agentes de cambio. Desde mi punto de vista la afirmación anterior peca de una reflexión poco aguda de la complejidad de la relación entre el conocimiento y la práctica en las ciencias sociales y parte de una concepción simplista y lineal de esta relación. En efecto, la relación de utilidad de las ciencias sociales tiene aristas más problemáticas, a mi entender, que lo correspondiente a las ciencias de la naturaleza” (Vaccarezza, 2004).

Se tiende a afirmar que el conocimiento científico producido en por las ciencias exactas tiene mayor utilidad o que incluso es más útil que el producto de la investigación de las ciencias sociales, sostengo que en parte, esta afirmación no puede ser separada del contexto social de aplicación en la que el conocimiento científico en el siglo XXI necesita ser mercantilizado y apropiado para poder ser “útil” al modelo de acumulación capitalista, bastará solamente hacer mención a la cantidad de recursos que se destinan para promover la producción de soja en nuestros país.

Habiendo retomado las palabras de Vaccarezza en relación al impacto del conocimiento científico proveniente de las disciplinas sociales, es importante detenerse sobre la idea de uso o utilidad social del conocimiento científico, especialmente para el caso de las ciencias

sociales y es imposible pensar estas categorías como separadas de su contexto de producción como también es inescindible del “usuario” (Vaccarezza, 2005) que se lo apropia.

En el caso del presente trabajo, el contexto que se delimita para la producción científica “válida” (y por tanto con una posición dominante dentro del campo) o esperable y el usuario que busca apropiarse de ella, tienen en claro sobre que disciplinas esperan resultados y de cuáles no.

De esta forma, la tensión entre “duras” y “blandas”, mas allá de los debates epistemológico-metodológicos, se materializa al vislumbrar el contexto social de producción y apropiación de conocimiento. Las diferencias que existen en relación al objeto de estudio, al método, a la validez deben ampliarse incluyendo al potencial usuario de ese conocimiento, de forma que no pueden estar solamente medidos por la variable mercantil, que promueve una posición para las ciencias sociales que las ubica en desventaja: difícil pensar alguna producción de conocimiento en ciencias sociales que contenga en si misma un alto componente de mercantilización.

Ya no se trata solamente del debate en relación solamente a la objetividad, sino acerca de la función social de la producción científica, en otras palabras, en el uso del conocimiento científico producido por el conocimiento científico y modelos como el expresado por Vaccarezza que permiten ampliar la concepción acerca del proceso de conocimiento científico al potencial usuario otorgan dinamismo al abordaje de la problemática al abandonar el encorsetamiento del conocimiento científico válido basado solamente en los criterios epistemológico-metodológicos heredados de las ciencias exactas donde las ciencias sociales tienen una clara posición de desventaja.

Según Polanyi (1968), se espera que la ciencia tenga una “función social” y una utilidad evidente. La pregunta “¿en qué consiste la función social de la ciencia?”, ha sido respondida desde la política científica de un modo uniforme: en la innovación tecnológica y es esta el principal estandarte de las políticas públicas en ciencia y tecnología en la argentina promovidas por el Ministerio de Ciencia.

Tanto desde los estudios sociales de la ciencia y la tecnología como desde la política científica se ha puesto énfasis, en las últimas décadas, en la idea de que no le basta a la ciencia perseguir su afán de curiosidad para lograr la legitimidad. Esto no supone un reemplazo total de la investigación básica por la aplicada, sino de un corrimiento hacia el interés por el beneficio utilitario del resultado. Esto ha dado lugar a postular un “nuevo contrato” de la ciencia con la sociedad, un nuevo “modo” de producción de conocimientos basado en el “contexto de aplicación” (Gibbons, 1994).

Algunas reflexiones finales

Las políticas públicas que buscan promover e incentivar producción de lo llamado “ciencia aplicada” están orientadas a emplearla en el desarrollo económico del país y es el MinCyT el principal “usuario” de esta producción científica y quien define su uso y su apropiación.

Es importante pensar el papel que tienen o pretenden tener las ciencias sociales, en este marco, en la producción científica en Argentina y para esto es también importante observar que tipo de conocimiento pueden aportar para tanto el diseño como la ejecución de políticas públicas, retomando a Estébanez: “estas disciplinas tienen la capacidad de influir en la disputa política por la definición de la agenda social (...) dicha influencia actúa iluminando la naturaleza de los problemas sociales y reformulando los términos en los que éstos son pensados (...) su influencia central radica principalmente en la transformación de la manera de pensar los problemas sociales” (Estébanez, 2004).

Los estandartes de la innovación y el desarrollo tecnológico son los pilares de las políticas llevadas adelante por el MinCyT argentino, porque el conocimiento que producen las “ciencias duras” es empíricamente comprobable y en él no se contienen las indeterminaciones, la confusión, las relaciones sociales de producción. Basta con recordar la crítica de Marcuse en “El Hombre Unidimensional”: “La tecnología como tal no puede ser separada del empleo que se hace de ella; la sociedad tecnológica es un sistema de dominación que opera ya en el concepto y la construcción de técnicas”. (Marcuse, 1993)

Es importante avanzar y promover el desarrollo tecnológico como política de estado, por supuesto, pero esto no debe hacerse solamente sobre supuestos epistemológico-metodológicos sino atendiendo también a la función de su aplicación social.

Federico Vasen (2012) interroga en este sentido en torno a la “democratización de la ciencia”. Apela para ello a dos procesos que atraviesan las distintas condiciones de producción intelectual actuales en Latinoamérica (Naidorf y Pérez Mora, 2012) empleando dos categorías: la “política para la ciencia” donde agrupa lo usualmente denominado como política científica en tanto herramientas de política científica específicas para llevar adelante ciertas actividades de investigación y por otro lado la “ciencia para la política” entendida esta como aquella que promueve el uso del conocimiento científico para la toma de decisiones políticas (Vasen, 2012).

El autor, para este segundo proceso, promueve la apertura de la discusión acerca de las agendas de investigación a más que quienes están en condiciones de financiarlas o a los centros de investigación internacionales incluyendo en la toma de estas decisiones a los

organismos estatales, la “academia” como así también a los potenciales usuarios de ese conocimiento.

En este sentido, sobre la democratización del conocimiento, los criterios de: uso, utilidad e impacto del conocimiento científico producido en ciencias sociales me parece interesante hacer mención a la creación del Banco de Proyectos de Desarrollo Tecnológico y Social (PDTS)⁶ entendiéndolos como un nuevo o novedoso mecanismo de política científica que tiene como objetivo promover el uso del conocimiento científico producto de la investigación articulando o vinculando de forma más estrecha los actores que intervienen en el proceso de producción institucionalizando un “compromiso” previo con el usuario o demandante de ese conocimiento.

Más allá de los límites concretos propios de los contextos de producción científica (tanto en América Latina como en el resto del globo) la introducción de una política pública en ciencia y tecnología como la de los Proyectos de Desarrollo Tecnológico y Social atiende a una nueva forma o propuesta de producción que conocimiento, marcada no solo por la pertinencia, sino por la aplicabilidad y el uso del conocimiento científico, como afirmaba Dagnino, que permita superar la falsa antinomia entre calidad o validez académica y relevancia de la investigación, creando espacios que promuevan la participación de la comunidad científica en el proceso de toma de decisiones con el objetivo de delimitar un “campo de pertinencia” capaz de garantizar que el criterio de "calidad" de la comunidad científica sea endógeno a la sociedad (Dagnino, 1996).

La “novedad” para el caso de los PDTS puede verse en relación a la evaluación de los proyectos, las prioridades y orientaciones políticas no han sido consideradas un criterio de peso en las evaluaciones principalmente centradas en la tradición bibliométrica, siguiendo a Kreimer en relación a la advertencia para los investigadores científicos: “publish or perish” (publicar o morir) es el propio dispositivo conspira contra la posibilidad de desarrollos más interesantes, los que sólo podrían ser emprendidos por los que están en lo alto de la escala jerárquica (Kreimer, 2011) o en términos de Bourdieu, de aquellos que poseen una posición dominante dentro del campo.

La presentación de una nueva modalidad de evaluación (que contemple: la factibilidad técnica y económico-financiera o equivalente; la adecuación de los recursos comprometidos y los informes de avances sobre la ejecución del proyecto en caso que corresponda) implica

⁶ Sobre los PDTS puede encontrarse la comunicación institucional de la UBA en http://www.uba.ar/archivos_secyt/image/PDTS%20EN%20UNIVERSIDADES.pdf junto con los Documento I <http://www.mincyt.gob.ar/adjuntos/archivos/000/024/0000024284.pdf> y Documento II <http://www.mincyt.gob.ar/adjuntos/archivos/000/031/0000031881.pdf> de la Comisión Asesora sobre evaluación del personal científico y tecnológico.

un proceso de renegociación con los diversos actores que forman parte del campo científico, que han consolidado y desarrollado determinado modelo político y académico, con lógicas internas que marcan el escenario de las políticas públicas al establecer sus parámetros académicos y sus propias reformas. Horn (2011) realiza un análisis discursivo producto de numerosas entrevistas con profesores, investigadores, evaluadores, y autoridades académicas, y da cuenta de las distintas acepciones que han tomado conceptos como “autonomía” y “pertinencia” en las últimas décadas, en relación con los proyectos de investigación. De esta manera, el autor identifica en la recepción que hacen estos actores algunas cuestiones que dan cuenta de la dificultad a la hora de construir parámetros institucionales que orienten la investigación fomentando su vínculo con la contribución social.

Los PDTs se presentan como una propuesta superadora de aquella falsa antinomia a la que hacía referencia Dagnino.

Naidorf y Vasen afirman: “los PDTs implican un cambio en las formas de evaluación que tienden a acortar el hiato existente entre la definición de los objetivos estratégicos de las políticas y las formas concretas en que esas políticas son implementadas. Al involucrarse con los procesos de evaluación académica, ponen su foco en un punto que es habitualmente “ciego” para las políticas, una suerte de “caja negra” que tradicionalmente imprimía a los resultados de las evaluaciones un sesgo “academicista” contrario a la orientación de la investigación a temas estratégicos” (Naidorf y Vasen, 2014)

Resulta clave pensar el papel que tienen o pretenden tener las ciencias sociales en la producción científica en Argentina y para esto es también importante observar que tipo de conocimiento pueden aportar para tanto en el diseño como la ejecución de políticas públicas. La vasta producción científica del campo CTS y la reciente (2012) creación de la herramientas de política que implican los PDTs, marcan nuevos desafíos en torno a la orientación de las agendas de investigación hacia la solución problemas sociales y productivos y a la configuración de un “nuevo perfil de investigador” (Documento II)⁷.

La definición de prioridades y temas estratégicos implica la recuperación de la planificación y la mayor presencia de los organismos directrices de la CyT en Argentina, sin embargo, sostengo que aunque este tipo de herramientas de política científica incorporan elementos que intentan promover el desarrollo social, en este aspecto, y con motivo del presente trabajo, me interesa destacar que nuevamente las ciencias sociales se encuentran en cierta desventaja. El debate acerca de la validez de su conocimiento no se ha superado, más aún sigue vigente, lo

⁷ Documento II <http://www.mincyt.gob.ar/adjuntos/archivos/000/031/0000031881.pdf> de la Comisión Asesora sobre evaluación del personal científico y tecnológico

que puede verse en la incorporación de PDTs aprobados al Banco de Proyectos: de los 138 proyectos vigentes al momento de la presentación de este trabajo, solo 18 refieren al área de ciencias sociales y humanidades.

Bibliografía consultada

BOURDIEU, P. (1976) “El campo Científico” en Actes de la recherche en sciences sociales, No. 1-2, bajo el título Le champ scientifique.

DAGNINO, R. (1996). Innovación y desarrollo social: un desafío latinoamericano.

JORNADAS LATINOAMERICANAS DE ESTUDIOS DE LA CIENCIA Y LA TECNOLOGIA-ESOCITE, 96(2).

DIAS, R. y DAGNINO, R. (2007): “A política científica e tecnológica brasileira: três enfoques teóricos, três projetos políticos”, *Revista de Economia*, vol. 33, nro. 2, pp. 91-113.

ESTEBANEZ, M. E. (2004), “Conocimiento científico y políticas públicas: un análisis de la utilidad social de las investigaciones científicas en el campo social” en Espacio Abierto, vol. 13, núm. 1, Universidad del Zulia, Venezuela

FEYERABEND, P. (1990), “Ciencia: ¿grupo de presión política o instrumento de investigación?” en Adiós a la Razón, Buenos Aires, REI

GIBBONS, M. (1994): *The New Production of Knowledge: The Dynamics of Science and Research in Contemporary Societies.*, Londres, SAGE.

GLAVICH, E. E. (1996). Las ciencias sociales. Entre la armonía y el conflicto. In La ciencia: un camino entre continuidades y rupturas (pp. 211-235). Biblos

GODELIER, M. “Structure and Contradiction in Capital”, en R. BLACKBURN (ed.), *Ideology in Social Science* (Vintage Books, Nueva York, 1973)

KUHN, T. (1982), *La estructura de las revoluciones científicas*, Bs. As., FCE

MARCUSE, H. (1993) “El Hombre Unidimensional” Barcelona, Ed. Planeta-De Agostini

MERTON, R. (1977), *La sociología de la ciencia*, Madrid, Alianza,

NAIDORF, J. y PEREZ MORA, R. (coord.) (2012): *Las condiciones de producción intelectual de los académicos en Argentina, Brasil y México*, Buenos Aires, Miño y Dávila editores.

PESTRE, D. (2005), “La proposición del historiador. Saberes y Poderes entre los siglos XVI y XIX”, en *Ciencia, dinero y política*, Buenos Aires, Nueva Visión

POLANYI, M. (1968): "The Republic of Science. Its Political and Economic Theory" en Shils, E., ed. *Criteria for Scientific Development. Public Policy and National Goals*. Cambridge, MIT Press, pp. 1-21.

VACCAREZZA, L. (2004) El campo CTS en América Latina y el uso social de su producción *Revista Iberoamericana de Ciencia, Tecnología y Sociedad - CTS*, vol. 1, núm. 2, abril, pp. 211-218. Centro de Estudios sobre Ciencia, Desarrollo y Educación Superior. Buenos Aires, Argentina

VARSAVSKY, O. (1969), *Ciencia, política y científicismo*, Buenos Aires, CEAL

VASEN, F. (2012): "¿Qué política científica para las humanidades?", *Espacios de crítica y producción*, vol. 48, pp. 43-52.

VASEN, F. (2012). Nuevos actores en la producción de conocimiento científico: la relación entre ciencia-sociedad entre el pluralismo y la plutocracia. En NAIDOR y PEREZ MORA (2012) *Las condiciones de producción intelectual de los académicos en Argentina, Brasil y México*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores

ZIMAN, J. (1986) *Una introducción a la ciencia*. Barcelona: Ariel

Artículos periodísticos consultados

-<http://www.pagina12.com.ar/diario/universidad/10-166779-2011-04-24.html>

-<http://www.pagina12.com.ar/diario/elpais/1-97152-2008-01-07.html>

-<http://www.pagina12.com.ar/diario/ciencia/subnotas/97778-30894-2008-01-21.html>